El Blog de Sergio del Molino

¿QUIÉN CRITICA A LOS CRÍTICOS?

Posted on 18 marzo, 2012 | 1 comentario

Sobre *¡Despidan a esos desgraciados!*, de Jack Green (Alpha Decay)

Fusilo grosso modo el prólogo de José Luis Amores: en 1955, un joven y desconocido escritor de 32 años llamado William Gaddis publicó su primera novela, *The Recognitions* (*Los reconocimientos*, en español, idioma en el que apareció en 1987 y en el que vuelve a reeditarse este año en una nueva y mejorada traducción gentileza de la editorial Sextopiso). La novela tenía unas mil páginas y se vendía al desorbitadísimo precio de 7,50 dólares en una edición primorosa de la primorosísima casa Harcourt, Brace & Company. Todas estas circunstancias (a saber: a) juventud e intrascendencia pública del autor; b) desmedida y rusa extensión, y c) envidia cochina por que un Don Nadie recibiese los mimos de una exquisita casa editora que negaba el saludo a muchos Don Alguien) condujeron a un menosprecio, cuando no directamente desprecio, de la crítica literaria. *Los reconocimientos* motivó 55 reseñas en periódicos y revistas estadounidenses el año de su publicación. Sólo dos hablaron del libro en términos positivos. El resto (53 de 55) lo despachó como fatuo, incomprensible, megalómano, ridículo, bisoño, naíf, etc., etc., etc.

En 1962, siete años después del vapuleo (que provocó que ni siquiera los familiares cercanos del autor comprasen la novela), un tal Jack Green, admirador entusiasta de

la obra, que considera una de las mejores novelas escritas en Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XX, se propuso desmontar el ninguneo y los ataques que recibieron el libro, a su parecer no sólo injustos, sino claramente incompetentes. Analizó las 55 reseñas y encontró en ellas errores de planteamiento, de análisis y de juicio tan graves que concluyó que la mayoría de los críticos ni siquiera se habían molestado en leerse el libro del que estaban escribiendo.

Jack Green detectó errores en la enumeración de los personajes, en la identificación de los temas, en el resumen de las tramas e, incluso, en la reproducción de pasajes del libro, que estaban mal transcritos. Parecía que estaban hablando de una novela distinta, atribuían al autor intenciones que no se justificaban en el texto y tomaban en serio escenas que tenían una función claramente humorística. Los más finos acusaban a Gaddis de ser un reaccionario que preconizaba la vuelta a una religiosidad cristiana primitiva, cuando planteaba justamente una crítica al fanatismo religioso. Muchos se limitaron a fusilar la contraportada de la novela, sin molestarse demasiado en cambiar las palabras.

Jack Green (seudónimo), cabreado, decidió escribir y costear la publicacion de unos fanzines, que tituló *newspaper*, en los que desmontó la impostura de estos críticos y demostró que *Los reconocimientos* había sido víctima de unos reseñistas ineptos que no sabían hacer el trabajo por el que supuestamente le pagaban: les habían puesto una obra maestra delante de los ojos y habían sido incapaces de verla. Lo cierto es que, hoy, *Los reconocimientos* sí que goza de mucho ídem. La crítica que en su día escupió sobre ella, veinte años después empezó a reivindicarla como una pieza fundamental de la narrativa estadounidense. En los resúmenes de los mejores libros del siglo XX, casi todos los diarios y revistas literarios la han incluido en lugares altos de las tablas, su lectura es obligatoria en la mayoría de las universidades americanas y existe un consenso que la coloca a la altura de escritores como James Joyce o Thomas Mann.

De hecho, el panfleto de Jack Green sacudió las redacciones de muchos periódicos y revistas. Algunos de los críticos denunciados fueron, efectivamente, despedidos, y la crítica literaria hizo un ejercicio de autocrítica. Este librito no pasó desapercibido ni predicó en el desierto. Por eso es interesante leerlo hoy. Y porque, pese a todo, muchos de los estereotipos que se identifican en él siguen lastrando la manera de hacer crítica. Al menos, en España y en sus suplementos y revistas mainstream. Hoy también puede pasar: hoy también puede aparecer una obra maestra que los críticos despachen con dos adjetivos semiocurrentes.

El hallazgo más audaz e inquietante de Green es el de los clichés de la crítica. Analizando las 55 reseñas se dio cuenta de que, por lo general, la crítica abordaba los libros atendiendo a una serie de clichés o prejuicios que se anteponían siempre a la lectura del libro en cuestión. De hecho, no era necesario leer el libro para reseñarlo:

una obra voluminosa, escrita por un autor novel y joven y editada por un sello de prestigio acumula tantos clichés que impiden una valoración honesta de lo que realmente está escrito.

Es decir: una novela de un autor joven ha de ser por fuerza inmadura. Si es larga y de trama compleja, además, es pretenciosa. Hay que bajarle los humos al chaval, que sin duda se cree Proust o algo peor. Si maneja y cruza muchas referencias culturales, añade información superflua con el único objetivo de quedar por encima del lector y demostrarle su sapiencia (erudición fatua). Valoraciones así las encontramos constantemente, pero son simples prejuicios de portera envidiosa: ¿quién nos dice que un joven escritor primerizo no puede ser, efectivamente, tan grande como Proust? ¿Quién dice que no pueda escribir una novela madura, sólida y original? ¿Quién dice que las referencias culturales no sean esenciales para la construcción del libro?

Lo mejor es que también hay clichés si el autor escribe una obra breve y desnuda de erudición. En ese caso, el jovenzano se ha limitado a hacer un ejercicio de estilo, quizá bienintencionado, pero insuficiente.

En general, los críticos vilipendiados por Green escenificaron el mito de Procusto: ante una obra que no encajaba en su estrechísima visión de la literatura, la mutilaron hasta hacerla encajar en sus prejuicios, sin molestarse en juzgarla como merecía, dedicándole la atención que reclamaba. Green está convencido de que hubieran hecho exactamente lo mismo con el *Ullises* de Joyce o con alguna de las grandes novelas de Thomas Mann. Incluso llega a sugerir (y no le falta razón) que los mismos argumentos que emplean para cargarse *Los reconocimientos* servirían para despachar *Guerra y paz* como un pomposo e insufrible libro fallido.

Poniéndonos estructuralistas (qué coñazo, ponerse estructuralista), el problema es, sin embargo, sistémico. Resulta obvio que los clichés de la crítica cumplen una función en cualquier época: preservar el canon dominante. Cualquier obra que no encaje en él o que aspire a transgredirlo, encontrará a la crítica coetánea de frente, absolutamente incapacitada para valorar positivamente su audacia o su transgresión. Si no fuera así, no habría poéticas ni discursos dominantes ni modas ni tendencias ni capillas. La literatura, aún hoy, sigue siendo una cuestión de militancia. El gusto es ideológico.

Como lector, se me suele tachar de ecléctico. Soy un lector raro, sin gustos monolíticos. Disfruto de autores con poéticas opuestas, casi nunca tomo partido. Eso me convierte en un lector melifluo, oportunista, de poco fiar. Porque concibo la literatura como una pasión sin ideología. Porque me emociona el hecho de encontrar la voz honesta del autor en las páginas, sin importarme su escuela o en qué partido literario milita.

Theme: Coralize by Automattic. Fonts on this blog: Estoicaicon, WordPress.

Claro que tengo un gusto que procuro educar y que me predispone mejor hacia unas narraciones que otras. Claro que prefiero a unos escritores sobre otros. Claro que prefiero la garra de un norteamericano a un seudoexperimentalista francés, claro que prefiero un chuletón a un suave lecho de hidrógeno líquido, pero mis gustos no son anteojeras ni carnets de afiliado y no me impiden gozar de un autor ajeno por completo a ellos o dejarme sorprender por algo nuevo. Me considero lo bastante refinado para reconocer la buena literatura incluso en aquellos territorios que me repelen.

Quiero creer que mi actitud me habría permitido reconocer la grandeza de *Los reconocimientos*. Pero, quién sabe. A veces, ni eso es una garantía.

Share this: Correo electrónico Twitter 11 Digg Facebook 1 Reddit

Esta entrada fue publicada en Uncategorized y etiquetada Alpha Decay, ¡Despidan a esos desgraciados!, Jack Green, José Luis Amores, Literatura, Los reconocimientos, William Gaddis. Guarda el enlace permanente.

UNA RESPUESTA A ¿QUIÉN CRITICA A LOS CRÍTICOS?

Cardiel | 18 marzo, 2012 a las 21:10 | Responder

El mayor problema de la crítica es no pensar, no ser fieles a la realidad y actuar convencionalmente. Estoy de acuerdo contigo, aunque ya sabes que reprobo el estructuralismo (porque no es cierto).